

# Estadística y encuestas electorales

CATALINA URIBE



HACE UNOS AÑOS UNA PRESTIGIOSA revista científica aceptó un artículo de Daryl Bem, profesor emérito de psicología de la Universidad de Cornell, en el que argumentaba tener evidencia de que existe la percepción extrasensorial. El artículo, que utilizaba una metodología tradicional y ampliamente aceptada, causó curiosidad y algo de indignación en psicólogos que de por sí llevaban un tiempo cuestionando ciertos usos de la estadística en experimentos sobre el comportamiento humano. Para ellos, como lo re-

portó la revista del *New York Times*, este artículo era la prueba máxima de cómo la subjetividad se había colado en la estadística. Los psicólogos inconformes consideraron necesario repensar el concepto de significancia estadística, más conocido como el valor P. Este valor establece si la correlación entre las variables en cuestión es relevante, y qué tanto. El problema que vieron es que el valor podía mostrar significancia en experimentos ridículos. El artículo del *Times* reportó cómo estos psicólogos, queriendo analizar de qué forma la ciencia puede ser manipulada, hicieron un estudio en el que preguntaban a un grupo de personas su edad y seguidamente les ponían la canción de los Beatles *When I'm Sixty-Four*. Usando una metodología tradicional lograron concluir que después de oír la canción de los Beatles los par-

ticantes eran un año y medio más jóvenes. Ya empezaron a publicarse resultados de las encuestas para las presidenciales del 2018 que, usando metodologías adecuadas y con una significancia estadística confiable, establecen las preferencias de la población por un candidato u otro. Pero el hecho de que unos resultados sean estadísticamente significativos no quiere decir que, sólo por eso, sean certeros y, mucho menos, que puedan predecir resultados. La significancia estadística es una herramienta útil pero frágil. La conclusión no es llegar a una desconfianza total en las encuestas, ni en la ciencia estadística. Pero como ciudadanos debemos estar conscientes de que la estadística es un criterio más dentro del complejo holístico de los asuntos humanos. Y más aún, que la ciencia humana quizá es demasiado humana.

# Mentiras

JOSÉ FERNANDO ISAZA



UN GRUPO DE DIRIGENTES POLÍTICOS, situados en la extrema derecha y con un significativo número de seguidores, consideran que deben oponerse a toda costa a que el país pueda vivir sin un conflicto interno. Su caudal electoral lo sustentan en capitalizar el ambiente de terror que genera la presencia de unos grupos armados ilegales, y que paradójicamente legitima su concepto de un Estado que no respeta los derechos humanos ni otorga garantías a la oposición.

Cuando se iniciaron las negociaciones con las Farc, anunciaron que no iba a firmarse el tratado de paz. Como esto no sucedió, afirmaron que no iban a entregar las armas; cuando las entregaron, dijeron que era sólo un armamento artesanal y viejo, y como las Naciones Unidas certificaron los modelos del armamento, dijeron que se entregó una mínima parte, que el resto estaba en caletas; cuando los verificadores internacionales informaron que recibieron las coordenadas de casi 1.000 caletas y que su destrucción iría al ritmo de las dificultades logísticas, los políticos guerreros se fueron quedando sin argumentos. Ahora enfocan su acción contra la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). Sin ningún recato ético afirman que la JEP se hizo, entre otras cosas, para juzgar al expresidente Uribe. El acuerdo para la terminación del conflicto dice: "La creación y el funcionamiento de la Jurisdicción Especial para la Paz no modificará las normas vigentes aplicables a las personas que hayan ejercido la Presidencia de la República, de conformidad con lo establecido en el artículo 174 de la Constitución Política de Colombia en el momento de aprobarse este documento".

El juicio a cualquier expresidente o presidente se inicia en la Comisión de Acusaciones de la Cámara. Posteriormente, si considera que hay méritos para una acusación, el expediente pasa a la Cámara plena, y si por votación mayoritaria se determina que hay motivos para el juicio, se realizará en el Senado. Como lo ha probado la historia, se garantiza la impunidad.

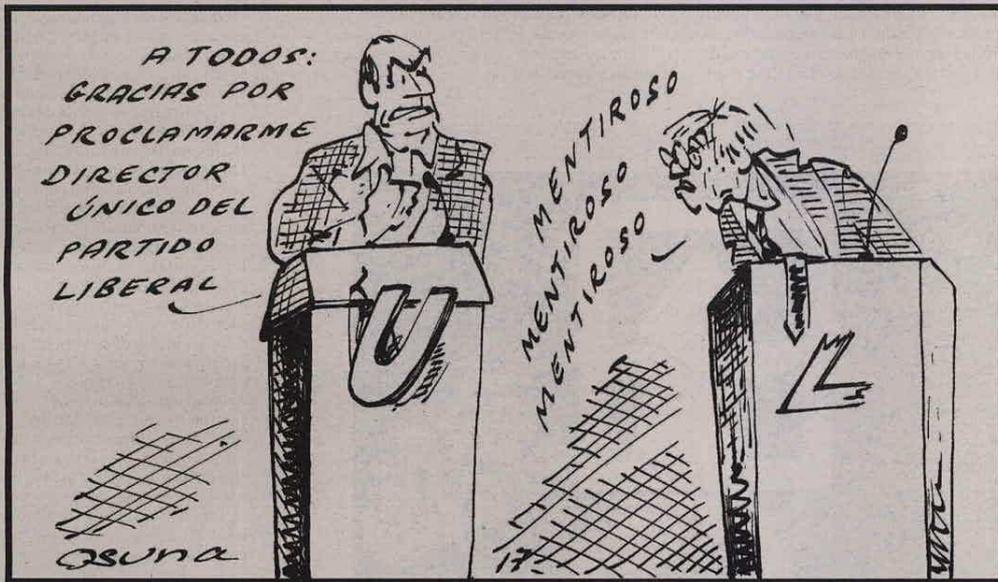
El jefe natural del Centro Democrático puede estar tranquilo. No es la JEP la que investigará ni juzgará sus responsabilidades como jefe supremo de las Fuerzas Armadas, por los miles de asesinatos a sangre fría de personas ajenas al conflicto, los mal llamados "falsos positivos". Tampoco tendrá que explicar ante la JEP la entrega del DAS, entidad que dependía directamente de él, a personas hoy condenadas por alianzas punibles con el paramilitarismo o por las violaciones ilegales a las comunicaciones de los ciudadanos. Su juez es su conciencia.

No corresponde a la realidad la afirmación que dice que los 49 millones de ciudadanos quedamos sujetos a la JEP. Ante esta sólo tienen que acudir los actores determinantes de crímenes más graves. Como lo ha expresado en múltiples ocasiones el negociador Humberto de la Calle, quienes por extorsión fueron obligados a financiar los grupos armados ilegales no son objeto de la JEP, sólo si son autores determinantes de crímenes más graves. Precisa De la Calle que quien financió una masacre sí es sujeto de la JEP.

Hay una reducción significativa de los muertos por causa de la guerra interna, por el cese del conflicto con las Farc y la tregua con el Eln.

Por favor, señores de la guerra, déjenos vivir en paz, así esto les afecte su caudal electoral. ¿Cuántas más muertes, la mayoría de personas ajenas a la confrontación, se requieren para saciar su sed de venganza?

## Osuna



Osuna y aceitunos

# Historia de dos mujeres... historia de muchas

YOLANDA RUIZ



CARMENZA Y MARGOT\* NO VAN A leer esta columna. Ellas no leen columnas, no leen periódicos, no leen libros, aunque saben leer porque una terminó la primaria y la otra llegó al bachillerato, pero viven en el campo en donde el trabajo es duro y constante y la lectura escasa. Carmenza es soltera, tiene 19 años y vive en una vereda no lejos de Bogotá. Se levanta a las dos de la mañana porque debe ordeñar 30 vacas, trabajar en la finca que cuida su padre y hacerlo todo rápido y sin chistar para que el hombre no le diga lo de siempre: que es bruta y no sirve para nada.

Margot está casada, tiene dos hijos y se levanta con el canto del gallo a preparar la leña y el fogón y organizar el desayuno de la familia. Lava los platos, sale a ordeñar también, pasa la mañana dándole al azadón o haciendo lo que se requiera en el cultivo a la par con su marido y luego corre a preparar el almuerzo mientras él descansa un poco. El descanso de él es más trabajo para ella. Margot y Carmenza son vecinas de la misma vereda y viven en el mismo país en el que vivo yo, pero su mundo parece muy distante, como si habitaran en un pasado lejano.

Carmentza cuida a diez perros que ha recogido porque alguna gente de la ciudad cuando se cansa de sus mascotas las deja abandonadas lejos de su casa, en donde no estorben. Ella rescata a esos perros, los cuida, los cura si han llegado heridos y les comparte sus precarios recursos. Aunque ella me dice "no" cuando le pregunto si tiene algún sueño, ya me contaron que en el fondo quisiera estudiar veterinaria, pero esa ilusión ni se atreve a contemplarla en medio del quehacer que no da tiempo de nada.

Margot ya es abuela a sus 36 años. La maternidad suele llegar pronto y sin alternativa en el campo colombiano. Ella hubiera preferido que su hija estudiara y no fuera madre tan joven como ella, pero la vida decidió otra cosa y hoy tiene una nieta que sonríe en sus brazos mientras yo me pregunto cuál será el futuro de esa niña y si seremos capaces de heredarle un país mejor. Margot no me cuenta lo que ya se sabe por todos lados: su marido intentó matarla alguna vez y luego quiso suicidarse. Ni la mató ni se suicidó, pero el veneno que se tomó el hombre le dejó una lesión grave en la garganta que ha implicado muchos viajes al hospital, muchas filas, mucho sentirse incapaz ante un sistema de salud poco amigable con los más vulnerables. A su lado siempre Margot que lo cuida, lo atiende, lo lleva y lo trae.

Alguna vez, cuando recién conocimos a Carmentza y luego de almorzar en la mesa de mi familia ella comenta que nunca antes ha-

bia comido con tenedor. Cuchara sí, pero lo del tenedor es novedad. Eso me sorprende. Habla poco, sonríe de vez en cuando y a veces suelta frases certeras para enfrentar asuntos cotidianos porque a pesar de su juventud goza de la sabiduría popular: "hay que ponerle pomada caliente a la perra", y con eso resuelve un lío que armó el veterinario.

Muchas mujeres aspiran hoy a la Presidencia, pero en el campo colombiano hay miles que ni siquiera saben que pueden aspirar a algo. Mujeres que ni se permiten soñar porque todavía no saben que la Constitución dice que todos somos iguales. A ellas en sus casas les toca trabajar el doble, dormir menos y no planear mucho porque no son dueñas de sus destinos.

Mientras veo a Carmentza tomar camino loma arriba enfundada en sus botas pantaneras y a Margot arriar la vaca para el ordeño, pienso cuánto le debemos a mujeres como ellas que ponen comida en nuestros platos, que sostienen la estructura del campo colombiano, que construyen futuro para todos sin saberlo, que soportan un pedazo crucial de este país. Pienso lo poco que sé de la vida real y lo fácil que se habla desde la ciudad. Es mucha la deuda con ellas y grande el atraso que tenemos para que la equidad sea de verdad. Las veo y con mucho pudor comienzo a escribir en mi cabeza esta columna que ellas no van a leer.

\*Nombres cambiados para proteger privacidad.